

## LOS APORTES DE LA TEORÍA CONFIGURACIONAL DE NORBERT ELIAS A LAS CIENCIAS SOCIALES

Julieta María Capdevielle  
Universidad Nacional de Córdoba (Argentina)

### 1. Desarrollo

La pregunta eje sobre la que se asienta uno de los trabajos más conocidos –*El proceso de la Civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*– de Norbert Elias es: ¿Cómo y por qué en el curso de las transformaciones generales a largo plazo ha cambiado en un sentido determinado la emotividad del comportamiento y de la experiencia de los seres humanos, la regulación de las emociones individuales por medio de coerciones internas o externas, y con ellas, en cierta medida también la estructura de todas las manifestaciones humanas? (Elias, 1993:9).

Para dar cuenta de estas transformaciones Elias realiza un abordaje de larga duración, de las estructuras de la personalidad, y en especial de las regulaciones emotivas de los seres humanos. De este modo, su trabajo presenta la originalidad de tomar en serio, como objeto de investigación sociológica, este tema aparentemente fútil que son las maneras de administrar las funciones corporales: maneras de comportarse en la mesa, de sonarse las narices, de escupir, entre otras.

La transformación en las pautas de conducta se acelera a medida que transcurre el siglo XVII y en una dirección claramente marcada, puesto que “los hombres se aplican durante el ‘proceso de civilización’ a reprimir todo aquello que experimentan como un acceso de su ‘naturaleza animal’. Se produce así una tendencia a aumentar el control sobre todo lo que provenga de la animalidad, de modo de volverlo menos visible o de reducirlo a la intimidad: la desnudez se muestra menos, se disimula los olores corporales, las funciones naturales tienden a ejercerse en lugares específicos y aislados.

Esta constante permitió a Elias en primer lugar, mostrar que estas funciones denominadas “naturales” son enteramente modeladas por el contexto histórico social. Por su parte, la evolución de los gestos que definen estas “costumbres” es indisociable de la evolución de la sensibilidad y, en particular, de la intensificación progresiva y colectiva del sentimiento del gusto, que vuelve insostenibles las manifestaciones corporales del prójimo, y de los sentimientos de vergüenza, de embarazo, de pudor, que incitan a privar al otro del espectáculo del propio cuerpo, de sus excreciones y de sus pulsiones. Profundamente incorporados y percibidos como naturales, estos sentimientos entrañan la formalización de reglas de conducta, que construyen un consenso sobre los gestos que conviene o no conviene realizar (Heinich, 1999:12).

La evolución de las costumbres para Elias puede no sólo observarse en el nivel colectivo –la **sociogénesis**– sino también en el nivel individual –la **psicogénesis**– dado que “cada individuo debe recorrer, por su propia cuenta y de manera abreviada, el proceso de civilización que la sociedad ha recorrido en su conjunto: pues el niño no nace “civilizado”.

Esta evolución debe comprenderse imperativamente como un proceso de larga duración, con movimientos de aceleración (tales como el uso del tenedor, que se impuso en ciertos medios en el curso de una o dos generaciones) y momentos de estancamiento y aun de regresión.

¿Qué es lo que determina entonces una evolución tan fundamental? Por un lado, Elias plantea –desde un análisis relacional– que es la dinámica entre las clases –inferiores y superiores– lo que puede dar cuenta de esa evolución. El modelo y las pautas de control de emociones pueden ser distintas según las clases sociales de que se trate en una sola sociedad. Las maneras, más “civilizadas”, fueron elaboradas en principio por la aristocracia cortesana, y posteriormente incorporadas por otras categorías sociales:

Hay un círculo cortesano más o menos reducido que acuña los modelos que sirven, evidentemente, sólo para las necesidades de la propia situación social y que corresponden a los rasgos espirituales de estos círculos sociales. Ciertamente, la estructura y el grado de desarrollo del conjunto de la sociedad francesa, hacen que sectores sociales cada vez más amplios estén dispuestos y deseosos de imitar tales modelos, por lo cual estos se difunden en todo caso muy lentamente por el conjunto de la sociedad; por supuesto, no sin cambiar en el curso del proceso (Elias, 1993:152).

La sociedad refleja la composición elitista jerárquica del país. A medida que aumentan las interrelaciones sociales y el bienestar de clases cada vez más amplias, aumenta la presión para ingresar en ellas o, por lo menos, para imitar su comportamiento. En especial son los círculos eclesiásticos, entre otros, los que convierten en vulgarizaciones de las costumbres cortesanas (Elias, 1993: 146).

Son los fenómenos no concertados de movilidad social en el nivel colectivo los que explican el rechazo progresivo a las pulsiones, el aumento de los sentimientos de pudor y de embarazo: en primer lugar, la “curilización” de los guerreros reemplazados “por una nobleza ‘domesticada’, habituada a rechazar las emociones, por una nobleza de corte”, luego la concurrencia entre clases sociales, induciendo a los superiores a marcar diferencias con los inferiores por medio del refinamiento de las costumbres, cuando su supremacía ya no se encuentra establecida sobre la base del poder o de los bienes materiales: es porque, de modo general, “las clases inferiores ceden más fácilmente a sus emociones y pulsiones, sus comportamientos están menos rigurosamente reglados que los de las clases superiores correspondientes; las constricciones que actúan durante largos períodos de la historia humana sobre las clases inferiores son las constricciones de la amenaza física, de la tortura, del exterminio por la espalda, del hambre. Las violencias de este género no abren a la transformación equilibrada de las constricciones exteriores y de las autoconstrucciones”. Pero, a causa de que los grupos inferiores procuran poco a poco conformarse a las normas de excelencia de los superiores, la distancia tiende a reducirse a medida que se extiende la civilización de las costumbres, en provecho de “un aumento de las variantes o de los matices de los comportamientos civilizados.

El aumento de la sensibilidad en el seno de la aristocracia se explica en sí mismo por condiciones históricas: la instauración, en el transcurso de la Edad Media, de un poder real fuerte, la desaparición de una caballería anárquica y violenta, la “curilización” (es decir, el desarrollo de relación con la corte) de la aristocracia, el aumento de la población, han entrañado este cambio de costumbres que se difundió poco a poco en el conjunto de la sociedad. Es así como interviene la

reconstitución de la génesis histórica de este proceso de civilización, que Elías va a emprender en el segundo volumen de su gran obra.

De hecho, la génesis social del absolutismo tiene una posición clave en el conjunto del proceso civilizatorio: es imposible entender la civilización del comportamiento y el cambio correspondiente de la conciencia y de la organización de los impulsos de los seres humanos sin estudiar el proceso de la constitución del Estado y la centralización progresiva de la sociedad, que alcanza por primera vez una manifestación más completa en la forma absolutista de gobiernos (Eliás, 1993: 261).

Es a partir de lo que denomina una “**psicogénesis del Estado**” que Elías va a reconstruir la historia de este “**Proceso de civilización**” en **Europa**, de la señoría feudal del siglo XI al reino del Renacimiento, hasta su apogeo en el Siglo de las Luces. (Heinich, 1999:15). La dinámica de este movimiento nace de la constitución del Estado, gracias a la imposición progresiva de un **doble monopolio real: el monopolio fiscal**, que mediatiza los intercambios entre el soberano y los señores por medio del dinero, y el **monopolio sobre los medios militares**, que deja sólo en las manos del rey la fuerza militar y la condición de toda pacificación.

Los medios financieros que afluyen así a este poder central, sostienen el monopolio de la violencia; el monopolio de la violencia sostiene el monopolio fiscal. Ambos son simultáneos; el monopolio financiero no es previo al militar y el militar no es previo al financiero, sino que se trata de dos caras de la misma organización monopolista (Eliás, 1993: 345).

Al dar por sentado el avance de esta noción de monopolio estatal de la violencia, **Eliás va más allá de la teoría marxista**, que hacía de la esfera económica la única o la más determinante de las causas, **para ubicarse en la línea de la teoría weberiana**: agrega aquí, sin embargo, una doble dimensión vinculada a la vez a la reconstrucción del fenómeno –la formación del Estado a través de los diferentes monopolios– y a su desarrollo –sus efectos sobre la gestión de los afectos– (Heinich, 1999:15).

La imposición de este **doble monopolio real** se acompaña de la constitución de una administración: es ésta “aparato de dominación que garantiza la plena eficacia del monopolio militar y financiero, y que lo convierte en una institución perdurable”.

Con la paulatina constitución de los Estados se pasa de la “**fase de libre concurrencia**” que caracteriza el sistema feudal de los siglos XI a XIII, donde el reparto de oportunidades se hacía esencialmente por el empleo de la fuerza, sucedió, de los siglos XIV a XV, la “**fase de los patrimonios**”, cuando aumenta la extensión de las tierras acordadas a los infantes del rey y, con ella, la desintegración del territorio: es ésta una de las características propias del feudalismo, correlativas a la disolución de todo monopolio centralizado, incluso de tipo embrionario. Será necesario esperar hasta el fin del siglo XV para que se imponga como reacción la victoria del monopolio real, permitiendo la aparición de una “economía” en sentido estricto que mediatice por el dinero la competencia por los

bienes de consumo y evite de este modo el recurso a la violencia física, y de una administración que focalice la concurrencia por la obtención de mejores puestos (Heinich, 1999:15- 16).

Desde la perspectiva de Elias dar cuenta del resurgimiento de la economía monetaria –como de cualquier otro fenómeno social– implica explicar y comprender las razones estructurales, las relaciones sociales, las interdependencias a él asociadas.

No es posible aislar de modo absoluto los factores concretos; pero sin la diferenciación en el interior de la sociedad, sin la privatización de la tierra, sin un aumento intenso de la población, sin la constitución de comunidades urbanas de comerciantes y artesanos autónomos, la necesidad de dinero en la sociedad no hubiera aumentado de modo tan rápido, y el sector de las relaciones económicas monetarias no se hubiera podido incrementar a tanta velocidad. No es posible entender el dinero, la disminución o el aumento de su uso en sí mismo, sino que solamente puede entenderse todo ello desde el punto de vista de los seres humanos y de la estructura de relaciones humanas (Elias, 1993: 295).

De este modo, los fenómenos sociales desde el pensamiento de Elias no obedecen a relaciones de causalidad, ni tampoco a un plan concertado, sino que resulta de la relación entre **fenómenos interdependientes**, sometidos a **determinaciones recíprocas**.

El surgimiento del Estado francés es explicado por Elias por la paulatina división de funciones puesta al servicio “de la cooperación óptima de todos los individuos entre los cuales el reparto de funciones ha tejido lazos” dando nacimiento “a un fenómeno que nadie explícitamente ha querido o programado, pero que se desprende sin embargo de las ambiciones y de las acciones de un gran número de individuos; y, en segundo lugar, que está enteramente modelado por la interdependencia de todos los individuos: Es el entrelazamiento e innumerables intereses, proyectos e iniciativas de personas aisladas lo que converge hacia un conjunto de leyes que rigen una red de individuos interdependientes y desemboca en un resultado que ninguno de los protagonistas ha querido.

De esta interdependencia de los seres humanos se deriva un orden de un tipo concreto, un orden que es más fuerte y más coactivo que la voluntad y la razón de los individuos aislados que lo constituyen. Este orden de interdependencia es el que determina la marcha del cambio histórico, es el que se encuentra en el fundamento del proceso civilizatorio (Elias, 1993:450).

Esta **interdependencia** –noción clave en la teoría de Elias– es indisoluble de esta otra noción clave que es el **equilibrio de tensiones**. Es ésta la característica de lo que llama el “mecanismo absolutista”, cuando la opción entre la nobleza declinante y una burguesía ascendente (especialmente gracias a la apertura de las funciones administrativas que permitían asegurar el monopolio del Estado) hace imposible su coalición contra el soberano, y tiende a reforzar la centralización del poder en las manos del rey. Pero la interdependencia involucra también al mismo tiempo al rey, dependiente asimismo de las redes de relaciones de fuerza que contribuye a estabilizar (Heinich, 1999:17- 18).

Es así que, “en Occidente, entre los siglos XIII y XVIII, las sensibilidades y los comportamientos son profundamente modificados por dos hechos fundamentales: la monopolización estatal de la violencia, que obliga al dominio de las pulsiones y pacifica también el espacio social; el estrechamiento de las relaciones interindividuales que implica necesariamente un control más severo de las emociones y de los afectos.

¿Qué relación –se pregunta Elias– se puede descubrir entre la organización de la sociedad en Estado, entre la monopolización y la centralización de las contribuciones y del empleo de la fuerza de una parte, y la civilización de otra?” es el pasaje de **la constricción social a la autoconstrucción**, dicho de otro modo, la interiorización del control de las emociones y de las pulsiones, que tiende a volver más raras las explosiones afectivas, a atenuar, las desviaciones emocionales y los cambios de humor.

La red de acciones se hace tan complicada y extensa y la tensión que supone ese comportamiento “correcto” en el interior de cada cual alcanza tal intensidad que, junto con a los autocontrol conscientes que se consolidan en el individuo, parece también un aparato de autocontrol automático y ciego que, por medio de una barrera de miedos, trata de evitar las infracciones del comportamiento socialmente aceptado (Elias, 1993:452).

Es así que “a los mecanismos de control y de vigilancia de la sociedad corresponde aquí el aparato de control que se forma en la encomía psíquica del individuo –evolución indisoluble de un crecimiento de las interdependencia, de un estrechamiento de las redes de interrelación entre los hombres–” (Heinich, 1999:18).

Para Elias la diferenciación progresiva de las funciones sociales no es más que la primera y más general de las transformaciones sociales que se ofrecen a la consideración del observador cuando éste investiga las causas de los cambios de los hábitos psíquicos que impone una “civilización”. **La estabilidad peculiar del aparato de autoacción psíquica, que aparece como un rasgo decisivo en el hábito de todo individuo “civilizado”, se encuentra en íntima relación con la constitución de monopolio de la violencia física y con la estabilidad creciente de los órganos sociales centrales.**

De este modo, con la formación de un monopolio de la violencia surgen espacios pacificados, ámbitos sociales que normalmente están libres de violencia. En cierto sentido, lo que sucede es que el campo de batalla se traslada al interior, dice Elias.

El hombre tiene que resolver dentro de sí mismo una parte de las tensiones y de las pasiones que antiguamente se resolvían directamente en la lucha entre individuos. Las coacciones pacíficas que ejercen sobre él sus relaciones con los demás van incrustándose en su personalidad. Se consolida un aparato de costumbres peculiar, un “super-yo” específico que pretende regular, reformar o reprimir continuamente sus afectos de acuerdo con la estructura social (Elias, 1993:459).

A lo largo de este trabajo, Elias intentó mostrar cómo las estructuras de las funciones psíquicas, los modos habituales de orientar el comportamiento, están relacionados con la estructura

de las funciones sociales, con el cambio de las relaciones interhumanas. La conformación del monopolio de la violencia física y fiscal permitió junto con otros factores un aumento del nivel de vida y de la seguridad, una mayor protección frente a la supeditación o aniquilación físicas y frente a la irrupción de los miedos incontrolables, que caracterizan más clara y frecuentemente la existencia del individuo en sociedades con monopolios menos estables de violencia y con una menor división de funciones.

El motor de esta transformación civilizatoria del comportamiento está constituido, para Elias, por una modificación completa de las coacciones sociales que operan sobre el individuo, por el cambio específico de toda la red relacional y, sobre todo, un cambio de la organización de la violencia.

### **A modo de conclusión**

A modo de cierre del presente trabajo analizaremos de modo general los aportes del pensamiento de Norbert Elias a las ciencias sociales.

1) En primer lugar, podemos mencionar el **énfasis en la superación de la oposición entre individuos y sociedad**. La crítica de la oposición clásica entre individuos y sociedad se presenta como uno de los hilos conductores del libro analizado. La oposición individuo/sociedad proviene para Elias de una proyección ingenua de la situación del sujeto pensante –persona individual– sobre el sujeto del conocimiento y de la acción. En oposición a este modo de abordaje de la sociedad Elias plantea que el individuo no se considera una entidad exterior a la sociedad, ni la sociedad una entidad exterior a los individuos, por lo que la sociedad no se concibe como la simple suma de unidades individuales, ni como un conjunto independiente de actos individuales. Para Elias, el objeto de estudio de la sociología son los individuos interdependientes. Es en esta perspectiva donde las ideas de individuos y sociedad pueden recuperar un sentido sociológico, pero subordinado a la idea de interdependencia (Courcuff, 2005: 26).

De esta manera, la sociedad se concibe como un tejido cambiante y móvil de múltiples interdependencias que vinculan recíprocamente a los individuos. El tejido social está atravesado por numerosas formas de interrelación que se entrecruzan. Elias denomina “**configuración**” las formas específicas de interdependencia que ligan unos individuos a otros. Lo que diferencia estas configuraciones es la longitud y la complejidad de las cadenas de interrelaciones que asocian a los individuos.

Hablar de dependencias para Elias no equivale necesariamente hablar de relaciones iguales o equilibradas. Las configuraciones analizadas por Elias se caracterizan por la desigualdad, la dominación y el poder (Courcuff, 2005: 27) De este modo, Elias no concibe al poder como una sustancia que fuera poseída por alguien, sino como una característica asociada a las relaciones de interdependencia: “En la medida en que dependemos de otros que no dependen de nosotros, tienen poder sobre nosotros”. Pero si las relaciones son desiguales, cada uno está constreñido por ellas en distinta medida. “Existe un tejido de interdependencias en cuyo interior el individuo encuentra un margen de acción individual y que al mismo tiempo impone límites a su libertad de elección”.

2) Otro de los aportes de la teoría de Elias consiste en su **oposición a la tendencia a sustancializar las nociones**. Elias observa que, tras los sustantivos que empleamos (como “individuo” o “sociedad”), consideramos automáticamente que existen sustancias. “cosas visibles, tangibles”. Norbert Elias propone entonces que utilicemos las armas de la historia, pues, para él, la representación de un yo separado, exterior de la sociedad, tal como la conocemos hoy, no ha existido en todas las épocas ni en todas las sociedades (Corcuff, 2005: 25).

De esta forma, la tendencia a la sustancialización de entidades dicotómicas, construidas a partir de una visión egocéntrica, va lógicamente a la par de un pensamiento estático, incapaz de integrar no solamente las transformaciones históricas, sino también los cambios de puntos de vista, necesarios para relativizar el objeto de la percepción y de la reflexión.

En esta oposición fundamental a todo esencialismo, a toda metafísica de las sustancias, Elias se revela como un pensador profundamente normalista, acostumbrado a tratar los conceptos como construcciones mentales y no como objetos reales –con las innumerables consecuencias que una posición de este tipo implica para el pensamiento–. Pero la obstinación en fundar empíricamente la descripción de las estructuras de la experiencia no bascula jamás hasta el renunciamiento relativista a las formas positivas del conocimiento: Elias cree firmemente en la posibilidad de una ciencia del hombre –accesible a la verificación por la confrontación con los datos objetivos en los objetos, en las palabras o en las cifras– y contribuye a su construcción (Heinich, 1999:120- 121).

3) Como analizamos a lo largo del trabajo **Elias se opone a las lecturas tradicionales de causalidad**. La idea de interdependencia le permite abandonar una visión causal unidireccional excesivamente simplista de los procesos sociales, del tipo A causa B. No se trata del engendramiento mecánico de un efecto por una causa, sino del orden relativista de la relación entre fenómenos interdependientes, sometidos a determinaciones recíprocas (Heinich, 1999: 126-127).

4) Elias intenta a lo largo de su trabajo **escapar de la falsa alternativa entre el voluntarismo**, que ve en los procesos colectivos la acción de las relaciones causales mecánicas, **y el naturalismo**, que no ve más que un agregado de acciones individuales no estructuradas. Todavía hoy, la tendencia a pensar el orden como una voluntad ordenada es la consecuencia de la proyección egocéntrica de la persona sobre el proceso histórico a gran escala: de allí que los procesos que aparezcan como no librados al azar sean espontáneamente interpretados como el producto de una voluntad. Ahora bien, el hecho de que el fenómeno sea estructurado, y por lo tanto susceptible de explicación no significa, insiste Elias, que sea voluntario o intencional: es mucho más seguro que sea el producto de la imbricación de proyectos múltiples, heterogéneos y no siempre conscientes. Es que los hombres –no más que las sociedades– no son fabricadas por los hombres, unos y otras son producto de las acciones humanas y no de un demiurgo construido a imagen y semejanza de un ser humano todopoderoso. Y estas acciones son demasiado múltiples y heterogéneas como para responder a una finalidad, la cual implica intencionalidad, planificación y unidad en el fin propuesto.

La misma constatación se aplica a toda dinámica de grupos, desde una conversación personal hasta el equilibrio de fuerzas nucleares entre naciones: vivir de las tensiones o de los conflictos forma parte de la misma configuración, de un mismo espacio de posibilidades, y puede constituir una finalidad –una finalidad que no tenga otro fin que sí misma–. He aquí que esto remite a

una proyección a menudo ingenua de las interpretaciones maquiavélicas, que imputan a los actores sombrías estrategias, planes de acción para alcanzar objetivos tan complejos como oscuros, mientras que jugar al juego es a menudo una razón autosuficiente para comprometerse en una acción colectiva, dotada de su estructura y de su dinámica propia (Heinich, 1999: 126- 127).

5) A lo largo de toda la obra analizada Elias construye la teoría en un **proceso dialéctico entre datos empíricos y teoría**. Este constituye sin duda otro de sus aportes valiosos a las ciencias sociales. Elias enfatiza en numerosas oportunidades que “las teorías sociológicas que no se verifican por un trabajo de sociología empírica de nada sirven. No merecen siquiera el status de teorías”.

Profundamente empírico y en el fondo irreligioso, el pensamiento de Elias excluye entonces toda teología y, correlativamente, todo trasfondo explícita o implícitamente normativo como el que subyace en numerosas teorías, del mundo social. Muy a menudo, se lamenta, se confunde lo que debería ser con la observación de lo que es. La sociología está particularmente dificultada por esta traba normativa, tanto más perniciosa cuanto que la tendencia a la sustancialización se aplica también a las normas, espontáneamente percibidas como trascendentes, dotadas de un poder propio, de una existencia independiente de los grupos que las ponen en práctica. Esta subdeterminación normativa está presente, especialmente, en el historicismo que, como acabamos de ver, considera que las sociedades se desarrollan en función de los ideales de los que tienen la profesión de estudiarlas (Heinich, 1999: 123).

6) **Un abordaje multidisciplinario de lo social:** Elias practica –y reivindica– el desplazamiento entre las diferentes disciplinas de las ciencias sociales, a las cuales las tradiciones académicas se esfuerzan por mantener entre fronteras. Es así que el análisis de las “configuraciones” reúne a la sociología no solamente con la psicología y con la psicología social sino también con la historia, las ciencias políticas, la psicología, entre otras (Heinich, 1999: 129). La división de las ciencias en compartimentos estancos construye y deifican dicotomías, presentando obstáculos al pensamiento relacional e histórico.

## **Bibliografía**

CORCUFF, Philippe (2005) [1998] *Las nuevas sociologías. Construcciones de la realidad social*. Madrid: Alianza Editorial.

ELIAS, Norbert (1993) *El proceso de la Civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

HEINICH, Natalie (1999) *Norbert Elias. Historia y cultura en Occidente*. Buenos Aires, Nueva Visión.